

REVISTA LITERARIA KATHARSIS

La cuesta de las ballenas

Emma Dolujaboff



Digitalizado por Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

EMMA DOLUJABOFF (1922 -)

Hija de emigrados rusos nació en la ciudad de México el 8 de diciembre de 1922. En 1945 se graduó en la escuela de medicina de la UNAM y obtuvo la especialidad en Neuropsiquiatría; fue medica interna del Sanatorio Floresta hasta 1957, y más tarde de la escuela de orientación para mujeres; publicó algunos de sus poemas en la "página médica" de "El Universal". Médica del Departamento de Psicopedagogía y directora de exámenes de admisión de la UNAM de 1966 a 1983.

"La querencia de Emma Dolujanoff por las tierras del Mayo y sus gentes" como mencionan en "Cuentos del Desierto" surgió cuando acompañaba a su padre a sus viajes en ferrocarril por la costa del pacífico. De 1943 a principios de los 50's pasaba temporadas en Camahuiroa donde prestaba sus servicios médicos a los indígenas además hizo buenas "vigas" con ellos, en especial con la curandera y adivina de los indios, la cual se convirtió en una protagonista del cuento "Maria Galdina". El Licenciado Abad Navarro asegura que "todas estas visitas la prendan profundamente al grado de sentirse tan sonoreense como capitalina." Dando como resultado sus trece cuentos publicados en "Cuentos del Desierto".

"Mujer lúdica que en los años cincuenta peregrinaba hasta Alamos para aventurarse en sesiones de espiritismo y juegos de güija y que relata haber recolectado de las playas, en los años cuarenta, cazos loqueados donde comían arroz tripulaciones de hipotéticos submarinos japoneses que exploraban el Mar De Cortés; hasta hay quien asegura, en la región, haber divisado un periscopio." ("Cuentos del Desierto").

Emma Dolujanoff fue becaria del Centro Mexicano de Escritores de 1957 a 1959; con Héctor Azar, Juan García Ponce, Elena Poniatowska Tomás Mojarro, Emilio Uranga entre otros más.

En 1966 participó en "Los narradores ante el público" organizado por el Instituto Nacional de Bellas Artes (INBA). Este material Fue recogido en dos volúmenes y publicados por la Editorial Joaquín Mortiz.

<http://www.her.itesm.mx/academia/profesional/humanidades/literatura/Dolujanoff.html>

LA CUESTA DE LAS BALLENAS

Yo sé que estas cosas debiera callármelas para siempre, llevarlas pegadas detrás de los ojos y detrás de las palabras, hasta que un día, quedaran bien guardadas debajo de la misma tierra que ha de taparme con todas mis penas juntas. Así se lo prometí a la Tanasia. Pero de tanto callarme, el sufrimiento se me fue haciendo como una bola grande que me anda rodando por todo el cuerpo y me empuja para fuera la piel y los ojos y la voz. Y todo porque le prometí a la Tanasia no decirle nada a nadie, se lo prometí cuando se estaba muriendo. Tanto aguantarme para venir a decirlo ora ya de viejo y con lo poco que falta para que me entierren. Todos por acá dicen que los muertos oyen cuando no se les cumple la promesa, y ella me lo va a oír aunque lo diga yo muy quedito, como cuando va uno a confesarse no queriendo que ni el mismo padrecito se dé cuenta y habla uno sin voz, moviendo apenas los labios, no más para que Dios solito oiga los pecados y no se sientan tan fuertes los empujones del corazón.

Por eso salí hoy tan de mañanita y me vine al mar en esta canoa, que siempre ha sido mía desde que mi padre, el finado Sebastián, me la dio para que yo también, como él, fuera "cuchulero". Y cuando el sol comenzó a salir, yo ya estaba lejos de Yavaros, muy adentro del mar y le seguí lo más que pude, calculando lo que me aguantara la canoa sin que se le hicieran pedazos sus tablas viejas; después cebé el anzuelo, pero si pican o no pican los animalitos, eso es cosa de Dios, yo cumplo con ponerles el cebo y dejarlo quieto en el mar.

Voy a hablar mi pena para que toda entera se vuelva palabras, que ya me tiene el pecho llagado de tan guardada; la voy a hablar muy quedito, tan apenitas que ni yo mismo la oiga ni se espanten los peces, no más para que Dios la recoja y me lo pueda perdonar la Tanasia.

Lo que voy a contar pasó hace mucho. Estoy ya muy viejo, no sé cuántos tengo cumplidos, pero más de sesenta años, seguro. Hace tanto tiempo que a mi madre la enterraron, que ya nadie se acuerda cuando nació el viejo Prócoro y hasta a mí mismo me parece que vivo desde siempre así de viejo y todo. Pero contando mi pena, tengo que acordarme que un día estaba yo joven y hasta enamorado. Y ya puesto a hablar, más vale que comience desde el principio, para ver si puedo echar fuera todo este dolor que me tiene tan maltratado y si acaso Dios, oyéndolo todito, pueda darme la conformidad. Pues para comenzar por el principio, tengo que decir que soy hijo de Sebastián y do Balbina, los dos finados hace ya mucho tiempo. De hijos no éramos más que Margarito y yo, Prócoro. Mi hermano era el mayorcito, pero parece ser que no me llevaba mucho, pues la gente decía que casi nos veíamos iguales, pero de todos modos era el mayor y para todo le hacían más caso. Fue el primero que tuvo canoa y Sebastián mi padre, ya cuando nos

hicimos grandes, siempre le tomaba su parecer para las cosas importantes. Pero eso es lo de menos, que de tanto dolerme lo demás, en esto ni me fijaba. La cosa está en que siendo yo may niño. y me acuerdo como si fuera ahora, fui a la playa con Margarito para coger jaibas y como al final junté más animales de esos que él, se enojó mucho, me arrebató la cubeta en que los tenía y los tiró otra vez al mar. Después, me agarró por los hombros y me gritó con su boca muy pegada a mi oreja:

-¡Bizco, tú eres bizco!

Acabó dándome un empujón que me dejó tendido en la arena, se rió un rato y me volvió a gritar mientras se alejaba:

-¡Bizco! Nadie te va a querer nunca por bizco.

Yo no sabía la palabra esa ni nunca antes la había oído, pero me la dijo con tan feo modo y había tanto odio en su risa y en su voz, que me fui corriendo a buscar a mi madre y llorando le pregunté de la palabra. La pobre no se hallaba, pero yo le seguía preguntando y preguntando, hasta que ella no pudo más y se puso a explicarme:

-Son tus ojos, Prócoro, pero no te apures que no es enfermedad mala ni peligrosa. Mira, si casi no es nada, no más están tantito encontrados.

Toda esa noche lloró muy quedito, comiéndome los gritos que se me querían salir, para que Sebastián. mi padre. no fuera a oírme. Al otro día me levanté tempranito y me fui lejos de los jacales de Yavaros porque no quería que nadie me viera los ojos, me fui a mirar el mar y no quise regresar ni para comer; pero ya anocheciendo, me encontró Margarito y me llevó para la casa. Mi padre me esperaba enojado: me regañó, me pegó y mandó que me acostara luego luego.

Después de muchos días y ya que se me andaba pasando la pena y no me importaba que me viera la gente de Yavaros, no sé de donde se consiguió Margarito un espejo y me lo vino a traer corriendo. Me miró mucho rato, después lo miró a él, me volví a mirar yo y no encontró nada raro. Me quedé tranquilo, Margarito también se puso en paz y se pasó un tiempo sin que me molestara con lo de la bizquera. Pero un día, mi padre quiso llevarme a Masiaca y sólo entonces vine a averiguar bien a bien lo que yo tenía en los ojos y fue porque conocí al finado Juan, a quien todos nombraban El Bizco. Todavía me acuerdo cómo me le quedé mirando mucho rato, de veras que no podía quitar mis ojos de los suyos, tanto, que ni cuenta me di que me andaban comprando una camisa nueva en la tienda de Juan, una camisa como yo la querría y la venía pidiendo desde pance mucho.

-Esta medio pasmado el muchacho -oí que le decía mi padre a Juan- y es que nunca lo he sacado de Yavaros.

Tuve que ponerme la camisa allí mismo, pero ya no me hizo ninguna ilusión, porque si yo tenía los ojos como Juan, qué fuerza era tener camisa nueva, si lo bizco no se quitaba con eso, ni nadie me iba a querer sólo por la camisa. Me aguanté de llorar porque le tenía miedo a mi padre.

Los tres días que estuvimos en Masiaca, seguí pasmado, como a cada rato me lo decía mi padre, creyendo que lo que me amensaba era lo grande del pueblo comparado con Yavaros. Pero pasmado y todo, me di maña para averiguar del tal Juan y vine a saber que estaba casado, que su mujer lo quería mucho y que tenía tres hijas que también lo querían. Eso me calmó y hasta pensé que lo que Margarito me había dicho de que nadie me iba a querer por bizco era de pura envidia porque yo había cogido más jaibas que él.

Me acuerdo que esa primera vez Masiaca no me gustó nada y sentí mucho alivio cuando nos subimos a la carreta y agarramos por el camino de Yavaros. Seguro que mi padre me notaba raro, tal vez hasta triste, él, que nunca se fijaba en mí y siempre tenía ojos para Margarito; creo que algo notó, porque de repente se puso a hacerme cariños en la cabeza y, sin que yo se lo pidiera, me dejó las riendas del caballo. Esto no lo puedo olvidar porque fue la única vez que me lo permitió, no más a Margarito se las daba diciendo que así tenía que ser porque era el mayor. Y llevar las riendas del caballo me había hecho siempre tanta ilusión, que cuando las agarré, se me olvidó todo, hasta el bizco Juan y hasta mi propia bizquera. Me sentía tan contento, que me puse a cantar con mi padre y el camino se me hizo muy cortito. Tenía un poco de miedo que me quitara las riendas antes de llegar, y yo lo que quería era entrar a Yavaros guiando al caballo y que todos me vieran y sobre todo, que me viera Margarito. Y así pasó.

Llegamos a Yavaros ya cayendo la tarde y qué bonito se me hizo mi pueblo visto desde la Cuesta de las Ballenas, con sus jacales desparramados entre los pitahayos y los mezquites, como manchas negras puestas sobre la arena. Adelantito se veía el mar pintado de muchos colores por el sol que se iba poniendo, y arriba, en el cielo, las puntas de los "echos" se metían entre las nubes medio doradas y medio blancas. Acercándonos más, pude distinguir los chinchorros puestos a secar sobre los remos clavados en la arena y también las canoas, varadas de modo que no se las llevara la marea, pero así y todo, muchas amanecían flotando. Y el mar, porque todo lo demás era mar, este mar tan grande y de tantos colores, que había empujado la cosa tantito para adentro, lo bastante para que Yavaros pudiera ser lo que se llama un puertito alegre donde todos éramos pescadores. Y digo que alegre, porque así lo sentí yo esa vez y ya

no me cabía el gusto adentro cuando comencé a divisarlo desde la Cuesta de las Ballenas. La Cuesta la nombrábamos así porque había allí una quijada de ballena, tamaño de grandota, más todavía que un caballo entero. Nadie sabía cómo había ido a parar tan lejos, pero unos decían que era cosa de Dios y otros que, antes de los abuelos y de los bisabuelos, todo lo que es Yavaros era agua, que las mareas llegaban hasta la Cuesta y que una ballena dejó allí su quijada como señal de que Yavaros es pertenencia del mar.

Comenzaban a entender las lumbradas cuando entramos al pueblo. Todos me vieron en la carreta con las riendas en la mano y también me vio Margarito, pero no dijo nada. Estas cosas pasaron cuando tenía yo como diez años y a esas edades las penas se machacan poco; a mí pronto me vino la conformidad, me acostumbré a ser "el bizco" y ya no me podía mucho que de vez en cuando Margarito o algún otro me lo dijera. Me hice el ánimo, y bizco y todo, a veces hasta contento me sentía.

Seguí en la conformidad mucho tiempo, tanto como el que tardó la Tanasia para llegar a Yavaros. Andaría yo entonces por los quince años y la Tanasia era tan bonita, pero bonita de todo a todo, de cara y de cuerpo, muy pareja de genio, muy comedida, calladita y trabajadora. Pero de veras que era muy guapa, más que todas las de Yavaros juntas. Sus ojos eran negros, no muy grandes; sus trenzas también negras y toda su cara tan finita, que cuando se tapaba con el rebozo para entrar a la iglesia, se me figuraba la misma Virgencita puesta en el altar. Que Dios me perdone, pero así la miraba yo. Todas las palabras juntas se me hacen pocas y ninguna me sirve para pintar a la Tanasia, pero yo por dentro la tengo muy presente.

Cuando ella llegó a Yavaros, tenía yo mi canoa, Margarito la suya y los dos éramos "cuchuleros". Y cada uno tenía también su fama: Margarito, de guapo y algo borracho y yo, de trabajador, medio menso y feo. Y es cierto que era bien feo y digo que era, porque ora de viejo qué más da, ni nadie se fija, porque de los guapos que no se han muerto, ya de viejos, se me han emparejado en lo feo. Pero cuando está uno muchacho y enamorado, es muy distinto. Esa es la cosa, que yo me fui enamorando de la Tanasia sin darme cuenta casi. Ella era tan buena conmigo, se ponía a platicarme de esto y de lo otro, me dejaba que le llevara el tambo del agua y también que fuera con ella a juntar leña. Una vez hasta me dijo que le gustaría dar una vuelta conmigo en la canoa.

Pero allí fue donde todos los que no estaban casados comenzaron a hacerle la lucha y muchos de los que estaban casados, también. La Tanasia, muy seria, no se llevaba con ninguno; a mí me dejaba estar con ella porque yo nunca le andaba diciendo cosas y no por bueno, pues ni queriendo podía hablarle siquiera de lo bonita que era. Y un día pasó lo que nunca se me va a olvidar: venía yo con ella

cargándole el tambo con agua, cuando, de pronto, no sé de donde, apareció Margarito y se puso a mirarnos y a reírse. De pronto gritó:

-¡Miren nos más al bizco de Procoro enamorado!

Dejé caer el tambo. Tanasia se quedó mirando el agua desparramada; se había puesto bien roja de pura vergüenza. Yo sentí que mi sangre se paraba de repente, se amontonaba toda en alguna parte de mi cuerpo, como una bola grande que me jalaba pegándome a la tierra y que no me dejaba mover de puro pesado. Margarito se seguía riendo y diciendo cosas que ya no pude entender. Así estuvimos un buen rato: la Tanasia muy quietecita y yo como muerto, hasta que pude mover una pierna, después también la otra. Entonces echó a correr para la ramada de la playa, ahí donde Sebastián, mi padre, guardaba sus canoas viejas. Me tendí boca abajo y me quedé sin moverme por muchas horas, hasta que el mar se tragó el último rayito de luz y oí que mi madre me nombraba a gritos. Me levanté y saí muy despacito de la ramada; no quería que nadie se diera cuenta, y mucho menos ella, que había estado llorando de dolor y vergüenza.

Esa noche puse mi tendido fuera del jacal, cerca de las brasas de la lumbrada. No pude dormir nada y pensando en la Tanasia, me dieron muchas ganas de morirme, porque no podía yo decirle que la quería, que se casara conmigo. Cómo iba a decírselo, si nomás de verla me sentía como los borrachos, todo tambaleando y me daba miedo y me ponía a temblar todito. Si no más cuando le quería decir por su nombre, la lengua se me pegaba detrás de los dientes. Y para más vergüenza, eso ya se me notaba y ella también se daba cuenta. Y todo por lo bizco; claro que hay muchos bizcos en el mundo, pero en Yavaros yo era el único y cada uno que es bizco, siente más por su cuenta que todos los demás juntos, sobre todo por saber que a cada rato la Tanasia pueda pensar: pero si Procoro es bizco.

Cómo me hubiera gustado que esa noche no se acabara nunca, pero comenzó a amanecer y yo, como no quería ver a nadie ni que nadie me viera, me levanté y fui al jacal para persignarme junto a la Virgencita. Todos estaban dormidos, salí sin hacer ruido y me fui en mi canoa, en esta misma que traigo ahora. Se me olvidó el cebo y no volví por él y no me importó. Desde ese día me quede así, con mucho sufrimiento por dentro y sin decírselo a nadie, ni al padrecito cuando me andaba confesando. También para siempre me quedaron estas ganas de llorar y no puedo desahogarme, todas las lágrimas se me van para adentro y de allí no se quieren salir. Me hice más arisco todavía porque me daba vergüenza con la gente de Yavaros. Desde entonces agarré fama de raro, medio loco y hasta para unos de santo, porque nunca me conocieron mujer, ni ganas de pretender a ninguna. A la Tanasia no volví a hablarle, no por rencor, sino para que no la embromaran conmigo y, para no encon-

trármela, me pasaba casi todo el tiempo en el mar, sacando mucho pescado. Fue cuando quisieron casarme con la Damiana, pero dije que no y acabó casándose con otro.

Pasaron así dos años. Yo andaba triste pero ya muy calmado, cuando un día, regresando del mar, me encontré en el jacal nuestro a la Tanasia con Epifanio, su padre. También estaban allí el mío, mi padre y Margarito. Y ni modo, tuve que saludar a todos, uno por uno y sentarme con ellos. Oyéndolos hablar, supe que Margarito se casaba con la Tanasia y que ella estaba de acuerdo. Después ya no me di bien cuenta de nada, tampoco de si estaba yo parado o sentado: algo grande me empujaba por todas partes, algo así como si un temporal muy fuerte estuviera metiendo todo el mar dentro de la casa. Me aguanté y creo que pasta me reí. Ellos se casaron. Tuve que ir a la iglesia y, después, vi cómo se mudaban a su propio jacal. Otras muchas veces tuve que ir viendo: cómo enterraban a mi padre, después a mi madre y también como iban naciendo los hijos de Margarito. Y lo peor de todo, es que tuve que saber cómo sufría la Tanasia, porque Margarito se hacia cada vez más mafioso y más malo con ella. Le tenía prohibido que hablara conmigo y él mismo apenas me hablaba. Todos los de Yavaros sabían que la maltrataba mucho y que ella nomás se defendía llorando.

Yo seguía viviendo en el jacal de mi padre, sin mujer y sin nada, acordándome de la Tanasia y rezando por ella. Cuando nació su tercer hijo, vino Margarito a decirme que yo lo llevara a la pila, le dije que sí sin sentir ya envidia por dentro. Y Margarito vino porque el muchacho tuvo la ocurrencia de nacer un día de San Prócoro y Prócoro le dejamos por nombre. Mirando crecer a mi ahijado, la vida se me hacía menos pesada y Margarito se fue componiendo conmigo, seguido venía a verme y platicábamos de las canoas, de Sebastián, nuestro padre, y de muchas cosas más. Pero no nunca iba a su casa ni hablaba con la Tanasia para que él no fuera a creerse otra cosa. De vez en cuando la veía yo en la iglesia y entonces me le quedaba mirando todo el rato de la misa: hasta daba pena verla tan delgada, con tantas ojeras y con cara de enferma.

Así la fuimos pasando hasta que mi ahijado cumplió ocho años. Ese día me fui temprano a Masiaca para traerles las cosas que le quería regalar.

Atardeciendo estaba ya de regreso, bajando con mi carreta por la Cuesta de las Ballenas. Iba muy despacito porque el caballo apenas podía de tan viejo y yo tampoco tenía mucha prisa ni me importaba que nadie me viera con las riendas en la mano. Así venía yo, cuando de pronto oí un ruidito, algo así como un quejido o el roce de un pájaro entre las ramas. Miré y vi muy cerquita, desembocando por el atajo, a la Tanasia, toda doblada debajo de un

bulto may grande de leña. Venía con paso cansado y mirando para el suelo. Apreté las riendas, puse quieto al caballo y yo mismo me quedé sin movimiento no sé cuánto rato. Ella levantó la cabeza, me miró y se quedó parada. La leña se le resbaló de la espalda y cayó al suelo haciendo mucho ruido. Entonces pude moverme, brinqué rápido de la carreta y fui a pararme delante de ella. No sé cómo me salió voz para decirle: -Tanasia...

No me contestó. Se puso a llorar con sollozos que no se oían, pero yo sentí el ruido de sus lágrimas. Siempre había estado esperando encontrármela algún día, así, solita. Y ese día que me la encontré, vine a saber que lo que se siente de veras dura para siempre: otra vez tenía yo esa bola grande de sangre rodándome por todo el cuerpo. Como soñando volví a decirle:

-Tanasia...

Ella se estaba secando los ojos con la punta del rebozo. Parada allí, su cuerpo parecía como dibujado sobre el cielo y el cielo la rodeaba por todas partes.

-No llores, Tanasia.

El rebozo se le resbaló poco a poco y toda la luz de la tarde vino a esconderse cerca de sus trenzas.

-Ya no lloro, Prócoro -dijo ella y se sonrió.

El viento húmedo que venía del mar acercó su sonrisa y la pegó a mis labios. Sentí como si la piel se me hubiera caído toda: sus miradas me entraban en el cuerpo como por una sola llaga grande. Abajo, la marea parecía subir may aprisa, como queriendo tapar los jacales de Yavaros. El silencio y la esperanza guardada desde tanto tiempo, me empujaron. Ella, más que dejarse, se desplomó en mis brazos.

Nos escondimos detrás de la quijada de la ballena y cuando encontré sus labios, la noche, como un mar inmenso, había caído sobre Yavaros, igual que antes de los abuelos y de los bisabuelos, aquella marea grande había llegado hasta la Cuesta de las Ballenas.

Ya para irse, ella puso su cabeza sobre mi pecho como si fuera un remordimiento y la dejó allí un rato. Después se alejó sin hacer ruido. Yo me quedé tendido, esperando a que amaneciera.

Pasaron cinco días, los más largos que he conocido. Al sexto, todavía antes de que amaneciera, llegó corriendo mi ahijado para avisarme que se le

andaba muriendo su madre. Me fui con él y me encontró a la Tanasia de veras muy mala y a Margarito que no estaba en su casa porque llevaba ya tres días emborrachándose en Masiaca. Ella se moría, eso se le veía en los ojos. A Prócoro, mi ahijado, lo mandó con uno de sus hermanos a buscar a su padre y al otro por el señor cura y el curandero. Así fue como me quedé solo con la Tanasia ese día. Ella apenas si podía hablar, todas sus fuerzas se le iban en el trabajo que le costaba respirar. Así y todo me agarró muy fuerte la mano y me hizo prometerle que nunca le diría nada a nadie, ni siquiera al padrecito, eso de que yo, en toda mi vida, no he tenido más mujer que la de mi hermano. Se lo prometí y ella se murió luego, sin esperar a Margarito ni al señor cura ni al curandero.

Nunca supe de qué se murió la Tanasia. El curandero dijo que de "dolencia de mujer" complicada con mal de ojo. La verdad no se sabe, pero para mí que fue del sufrimiento, porque no era mujer para vivir en el pecado.

Para llevarla a enterrar, la cargamos entre Margarito y yo. Los que quisieron acompañarnos, venían caminando despacito detrás de nosotros. De vez en cuando alguno hablaba para decir cosas buenas de la Tanasia. Era ya medio día cuando llegamos al camposanto y comenzamos a sacar la tierra. Mi hermano y yo hicimos el agujero. A ella, mientras, la dejamos a la sombra de un mezquite. Las mujeres rezaban muy quedito. Sacando la tierra, volví a sentir aquel viento tibio que había pegado su sonrisa en mis labios. Terminamos. Tendí un petate en el fondo de la tumba. Después, Margarito la tomó en sus brazos y me la entregó. Con mucho cuidado la acomodé y le volví a poner las manos sobre el pecho: no sé cómo se le habían movido, que con sus dedos quería amarrárame de la camisa, sentí ganas de tenderme allí con ella y dejar que nos taparan con la misma tierra. Eso pensaba yo cuando comenzamos a echarle la tierra en los ojos y en la boca y en el vientre, hasta que la cubrimos toda entera y encima le clavamos la cruz.

Todos se iban a casa de Margarito a tomar café y mezcal y a hablar de la muerta. Yo me aparté y la emprendí solo para la Cuesta de las Ballenas y me estuve hasta el otro día.

Todo el tiempo me quedé mirando el cielo y allí la vi a ella secándose los ojos con la punta de su rebozo. Todavía estaban algunos palos regados de aquella leña que ella venía arrastrando por el atajo, apenas el otro día. Pero detrás de la quijada de la ballena, el viento había barrido las huellas de su cuerpo y, tal vez, ese pecado fue sólo un sueño mío. Así se me figuró a mí mirando la quijada y mirando el cielo.

Tuve que regresar y hacer otra vez las mismas cosas de todos los días. Por eso regresé, para hacerlas y, haciéndolas, se me han pasado muchos años. Y después de todo este tiempo, Dios no me ha dado el arrepentimiento, porque yo sólo siento una pena muy grande que me maltrata por dentro, pero no tengo remordimiento de que la única mujer de Prócoro haya sido la de su hermano. Y por eso, por castigo de Dios, he vivido vida tan larga en pago de ese solo día en que encontré sus labios en la Cuesta de las Ballenas.

[Cuentos de *El desierto*]

Edición digital Pdf para la Revista Literaria Katharsis

[http:// www.revistakatharsis.org/](http://www.revistakatharsis.org/)

Rosario R. Fernández

rose@revistakatharsis.org

Depósito Legal: MA – 1071/06

Copyright © 2008 Revista Literaria Katharsis 2008